ONZA, TIGRE Y LEON

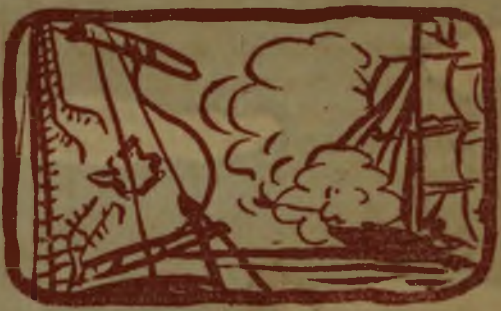
REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

JULIO DE 1945 -- NUMERO 73

HECHOS HISTORICOS

BATALLA NAVAL DE MARACAIBO

La escuadra colombiana, al mando del valeroso Almirante Padilla, ha salido del puerto de Cartagena y navega dirigiéndose hacia el golfo de Maracaibo.



La flota española que mandaba Laborde, le sale al encuentro, y el día 1º de Mayo, frente Borburata, logra apresar dos corbetas a los patriotas.

El día 8 del mismo mes, reorganizado Padilla, entra al lago de Maracaibo, a pesar del fuego de los fuertes que lo dominan, y en el sitio de Punta de Piedra, ataca a la escuadra española, destruyéndola.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 73 CARACAS, JULIO DE 1945 AÑO 7

SUMARIO

ANECDOTAS DE LA CONQUISTA
Parayauta 2

FOLKLORE VENEZOLANO
Cantos de Negros 4

LOS POETAS Y LA INFANCIA
Cuando Era Niño 6

AMENIDADES GEOGRAFICAS
La Vida en la Gran Sabana . 7

COSTUMBRES INDIGENAS
La Pesca del Manatí 9

LEYENDAS POPULARES
El Gallo Cazador 10

MUSAS CAMPESINAS
Corrío de los Animales . . . 13

LOS NIÑOS COLABORAN
El Pastor y el Libro 15

LOS NIÑOS EN LA LITERATURA
Mi Casa Está Ahora Llena. . 16

NUESTRA PORTADA

Para despertar y guiar en la infancia el buen sentido musical, acostúmbrase en la Escuela Experimental "Venezuela", proporcionar a los alumnos audiciones de selectas obras debidas a los grandes maestros; de las cuales, los niños, han de hacer luego interpretaciones gráficas que exterioricen el efecto producido en ellos por las composiciones escuchadas.

Eleazar Márquez, de 9 años de edad, alumno de 3er. grado en el referido instituto educacional, es el autor del dibujo que aparece en la portada de este número de "Onza, Tigre y León", el cual ha sido inspirado por la "Danza Arabe" de Tchaikovsky.

ANECDOTAS DE LA CONQUISTA

PARAYAUTA

Por César H. Soto

El valle de Tácata era encantador y hermoso, regado por numerosos riachuelos que corrían por entre bosques de vegetación exuberante. La tribu que allí habitaba tenía por jefe a Parayauta.

El Teniente Gobernador Francisco Carrizo, quien tenía el cargo de pacificar la región, era cruel, sanguinario y despiadado. Sus soldados, desde la villa del Collado, hacían vandálicas correrías por las plantaciones y rancherías vecinas.

Juan Pascual y Diego Sánchez eran dos perros de presa de Carrizo, quienes cometían toda clase de tropelías en los territorios de los aborígenes Tácata, a quienes robaban sus abundantes cosechas vegetales.

Cierto día desaparecieron los dos subalternos del sanguinario jefe hispano. Hacia el campamento de Parayauta, los bohíos resplandecían con el fuego de las fogatas y se escuchaban las notas del fotuto y las maracas. Uno de los indios tácata fué hecho prisionero y por medios persuasivos confesó que Pascual y Sánchez habían sido sacrificados. Carrizo indignado resolvió atacar y exterminar a todas las tribus aborígenes.

Las huestes de Parayauta no se encontraban en actitud de combatir con éxito, por lo cual el español encontró tranquilidad y poca resistencia de parte de los naturales.

Carrizo cayó por sorpresa sobre los desprevenidos aborígenes, que se encontraban entregados con frenético entusiasmo al baile de "La Llora", en el que bebían un fermento de maíz, llamado macato, que los emborrachaba.

El conquistador logró aprisionar cien indios, junto con los Caciques Camaco y Araguare, a todos los cuales asesinó villanamente. Tan bárbaro proceder encendió la cólera de los naturales, quienes sitiaron a Carrizo en su propio campamento, el cual, ante la imposibilidad de combatir, llamó en su auxilio a Gargi González, quien se hallaba en el Valle de Salamanca. Este otro español, más inteligente y comprensivo que Carrizo, y con plenos poderes de éste, se trasladó al territorio de los Tácata para someter las tribus sublevadas por medios pacíficos y conciliadores.

González llegó muy cerca del campamento de Parauyata, se bajó del caballo y distribuyó su gente en previsión de cualquier ataque. De pronto sintió un tropel de naturales, quedando sorprendido al ver que no lanzaban flechas ni blandían macanas, sino que una hermosa figura broncínea de cacique, con mirada penetrante e incisiva y en correcto idioma castellano, dijo estas palabras:

—"Yo soy Parayauta, el que mató a vuestros compañeros y si no volveis pronto a la ciudad, tengo que hacer lo mismo con vosotros. Volved presto, pobres, malaventurados, que engañados por vuestra soberbia venís buscando la muerte que os está prevenida en mi macana".

Garci González se retiró de aquellas tierras, poniendo algún tiempo después en ejecución un plan que le dió buenos resultados, logrando hacer prisionero a Parayauta. El español fué noble con el altivo cacique de los Tácata y llegaron a ser grandes y fraternales amigos.

FOLKLORE VENEZOLANO

CANTOS DE NEGROS

Por R. Olivares Figueroa

Conocida es la inclinación que el elemento venezolano de raza negra suele dispensar a la música y el canto, al que, con frecuencia, acompañan bailes. Los mismos blancos y mestizos toman de ellos estas costumbres, adoptando sus letras y tonadas. Hoy, nos ceñiremos a reproducir las que, todos los años, por los días de la Trinidad, San Juan y San Pedro, se cantan por unos u otros, en la Colonia de Altagracia, (Guárico), en el segundo caso disfrazados de negros, la cara muy pintada, un sombrero vistosamente adornado de colores y pañuelo al hombro, el cual entregan a cada uno de los oyentes pidiéndoles algo, y luego reclaman con otro verso; siendo la costumbre anudar en el mismo alguna moneda cuando se devuelve. Así recorren casa por casa.

Son ecos aún estas canciones de las que entonaban los esclavos en tiempos coloniales. Los "negros" son tres: un hombre, que canta; una mujer (hombre disfrazado de negra), que responde, y un tercero que toca el cuatro al son del cual cantan y bailan al mismo tiempo. Damos las gracias por su colaboración en esta nota al maestro federal Luis M. Osío.

Señores, señores míos,
yo los vengo a saludar,
por aquí están los negritos
que les vienen a cantar.

Ay na ná, ay nana ná.
Ay na na ná, ay na ná.

En el patio de la casa
con entusiasmo bastante,
esperamos su licencia
para pasar adelante.

Ay na ná, etc.

Al jefe de la familia
como ustedes lo verán,
le gustarán los negritos
en el día de San Juan.

Ay na ná, etc.

La muchacha que me atiende
parece una virgencita.
¡Quién pudiera en su nichito
tenerla colocadita!

Ay na ná, etc.

A la dueña de la casa,
la señora Encarnación,
le presento mis respetos
con todo mi corazón.

Ay na ná, etc.

Eres un granito de oro,
eres un coral partido,
eres donde tengo puestos
todos mis cinco sentidos.

Ay na ná, etc.

Los negritos estuvieran
bajo el poder español,
de no haber "sío" por la espada
del padre Libertador.

Ay na ná, etc.

¡Vámonos! Señora mía,
los negritos ya se van.
No se olvide 'e los negritos
en este día 'e San Juan.

Ay na ná, etc.

Gracias por el regalito
que nos acaba de dar.
Que le rinda su dinero
como las olas del mar.

Ay na ná, etc.

R. O. F.

CUANDO ERA NIÑO

Por Ismael Urdaneta

"Onza, Tigre y León"... Cuando era niño
no se cansaban de contarme el cuento.
Con qué absorto y jovial recogimiento
le oyeron mi inocencia y mi cariño.

Era él del que al vago entendimiento
daba manjares de gustoso aliño;
y yo escuchaba sin hacer un guiño
ni un gesto y siempre al narrador atento.

"Onza, Tigre y León"... Recuerdo puro
y evocador de aquella infancia mía,
del pueblecillo lánguido y oscuro...

Del brillo de las canas de la abuela
y de aquella graciosa gritería
todas las tardes al dejar la escuela.

I. U.

LA VIDA EN LA GRAN SABANA

(Condensado de un reportaje de Stanley Ross)

Si se fuese usted por tierra, tardaría seis semanas; y, posiblemente no llegar a jamás a causa de las selvas. No es posible que un individuo lleve alimentos sino para treinta días, y nadie puede vivir únicamente de lo que hay en la selva. Sin embargo, los abundantes insectos y las fieras de la jungla, viven de los que caen en el camino.

La Gran Sabana se encuentra separada del resto de Venezuela por una de las selvas más espesas que existen en el mundo, y por una variada serie de cantiles, de corrientes precipitadas y cataratas de que tenga conocimiento el hombre. Hasta hace cinco años únicamente, se tuvo conocimiento de su existemcia gracias a los relatos que hace sir Arthur Conan Doyle en sú "El Mundo Perdido". Hace poco tiempo, debido a la fiebre de riquezas desatada en aquellas partes, el Gobierno de Venezuela consideró prudente implantar un servicio diario de carga y pasajeros por aire hasta el poblado de Santa Elena, en las cercanías del rancho del doctor Lucas Fernández Peña, el único colonizador blanco de aquel inmenso lugar.

Por todas partes hasta donde abarca la vista viajando en aeroplano, las espesuras se exienden sobre las colinas y se desenvuelven en los valles, cubriéndolo totalmente todo. Desde las alturas quise descubrir

el sendero por el cual habían caminado los cazadores de fortuna con destino a la Gran Sabana, pero uno de éstos, que viajaba conmigo en el mismo aeroplano, individuo de rostro enjuto y desencajado, me explicó que, levantando los ojos desde las tupidas arboledas y breñales, no se puede ni siquiera contemplar el cielo por lo denso del follaje. Agregando a continuación:

—Quienes caminan por allá y pierden la noción del tiempo, no llegan después a saber si sienten el crepúsculo o el amanecer. Se camina por la selva semanas y semanas, hasta que de repente se llega a una muralla muy escarpada de piedra, como si el cantil nos quisiera impedir el paso. Los indios hicieron en la pared una escala de cuerdas con lianas, por la que hay que subir como cincuenta metros hasta llegar al primer escaño de lo que es la Gra Sabana. Se siente un gran alivio. La selva es algo así como un invernadero. Se sienten deseos de levantar los brazos al cielo como si quisiéramos atrapar el aire impalpable y llenarse los pulmones. Se coge uno de una rama, y la rama lo aprisiona a uno. Se abre uno paso entre dos troncos de árbol, y a la mejor nos sale un jaguar al encuentro. Vemos un cochino salvaje y pensamos en suculenta chuleta, pero surgen de pronto docenas de amigos del marranito que nos obligan a poner pies en polvorosa... El único remedio que queda es trepar lo más aprisa que se pueda al árbol más cercano.

Volamos sobre los elevados e imponentes desfiladeros que se levantan alrededor de la selva que forma la Gran Sabana. El joven minero me tocó suavemente y emocionado un hombro, al mismo tiempo que me indicaba con el dedo las hermosas caídas del agua, las caprichosas montañas que surgen en forma abrupta, algunas de ellas remedando castillos feudales, con sus pichachos perdidos en la albura de las nubes.

Dimos la vuelta al único establecimiento de la Sabana antes de aterrizar.

No recibí ningún desengaño al llegar a la Gran Sabana, porque no esperaba encontrar comodidades ni confort de ninguna clase. Santa Elena está formada por setenta chozas de palma y lodo, en las cuales viven 500 personas, si a eso puede llamarse vida. Las cubre el polvo durante el verano y el cieno en las temporadas de lluvias. Un techo de palma bien tejido resiste las aguas hasta 10 años seguidos, pero Santa Elena fué levantada por individuos que anhelan hacerse ricos cuanto antes para abandonar el lugar, de donde resulta que la mayoría de las chozas fueron levantadas con apresuramiento, sin previsión ni simetría.

(Pasa a la Pág. 17)

COSTUMBRES INDIGENAS

LA PESCA DEL MANATI

(Condensado de una relación del Padre José Gumilla)

Es admirable la destreza con que el indio del Orinoco, llevando como único acompañante a su mujer, sale al gran río en su frágil canoa, y, arponeando a un voluminoso manatí, lo conduce tranquila y seguramente a la orilla.

La mujer es quien lleva siempre el remo o canalete, mientras el marido va de pie sobre la embarcación, observando la superficie de las aguas en espera de que el cetáceo asome su hocico para tomar aire. Tan pronto como esto ocurre, el indio lanza su arpón, clavándolo de manera segura en el animal. Al recio arpón, va atada una larga y fuerte soga hecha de grueso cuero de manatí, el extremo opuesto de la cual se halla sujeto a la proa de la canoa. Tan pronto como el manatí se siente herido, arranca a correr con gran velocidad, no deteniéndose hasta después de haber cubierto una distancia de varios kilómetros, y a todas estas, ha llevado a remolque la canoa, a la que se sujetan como pueden el indio y su mujer.

Detenido el animal, el pescador comienza lentamente a cobrar cuerda; pero la carrera comienza de nuevo cuando la embarcación se ha acercado demasiado. Vuelve el cetáceo a detenerse, ahora a distancia más corta que la anterior, y así, casi siempre, hasta la tercera vez, en que, cansada la víctima, sobrenada con el vientre al aire, sin fuerzas. Los pescadores acercan la canoa y la ultiman.

(Pasa a la Pág. 20)

EL GALLO

(Cuento de Ti

Tío Conejo se había hecho una casita de madera y cañas, con techo de palmas; y no lejos, Tío Tigre se había construido la suya, puramente de barro, el cual se había endurecido bajo los rayos del sol. Todo había ido muy bien mientras duró el buen tiempo; pero, cuando comenzaron a caer las fuertes lluvias, el agua derritió el barro de la cabaña de Tío Tigre, mientras que la de Tío Conejo permaneció intacta.

Tío Tigre se fué entonces casa de Tío Conejo, y echándole de allí, se apoderó de su vivienda.

El pobre Tío Conejo se puso a caminar por el campo llorando con desconsuelo, y tropezó con unos perros.

—¡Guau, guau! ¿Por qué lloras, Tío Conejo? —le preguntaron los perros.

Tío Conejo les contestó:

—¡Ay, perritos! ¿Cómo no voy a llorar? Si yo tenía mi ranchito de palma y Tío Tigre, habiéndosele derretido su casa, que era de barro, me quitó mi ranchito. ¡Ahora no tengo dónde vivir!

—No llores, Tío Conejo —le dijeron los perros—; nosotros echaremos a ese malvado de tu casa.

—¡Ay, no! Tío Tigre los matará.

—¿Nos matará? ¡Ahora verás!

Se acercaron al ranchito y los perros dijeron:

—¡Guau, guau! Tío Tigre, esa casa no es tuya. ¡Sal de ahí, vamos!

Pero Tío Tigre les contestó, desde un rincón en que estaba acurrucado:

—¡Si no se van pronto, saldré y los despedazaré a todos en un instante!

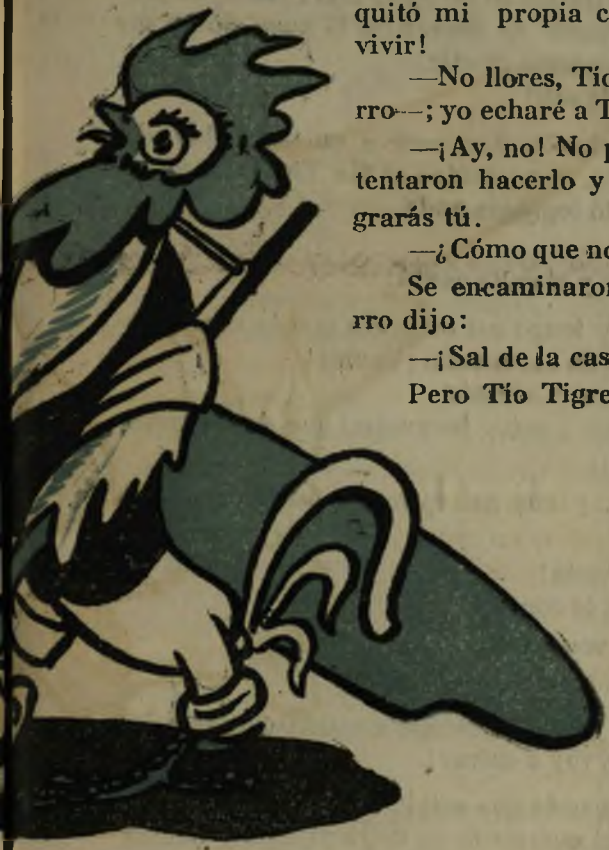
CAZADOR

re y Tío Conejo)

Los perros se asustaron y echaron a correr. Tío Conejo se quedó solo, y el pobre se puso a andar llorando, y se encontró con Tío Burro.

—¿Por qué lloras, Tío Conejo? —le preguntó Tío Burro.

—¡Ay, Tío Burro! ¿Cómo no voy a llorar? Si yo tenía una choza de palma y Tío Tigre una cabaña de barro, al derretirse la suya, fué y me quitó mi propia casa. ¡Ahora no tengo dónde vivir!



—No llores, Tío Conejo —le contestó Tío Burro—; yo echaré a Tío Tigre.

—¡Ay, no! No podrás echarlo. Los perros intentaron hacerlo y no pudieron; tampoco lo lograrás tú.

—¿Cómo que no? ¡Ahora verás!

Se encaminaron hacia el ranchito y Tío Burro dijo:

—¡Sal de la casa, Tío Tigre! ¡Anda!

Pero Tío Tigre contestó tranquilamente:

—¡Ten paciencia, que ya voy a salir y te despedazaré!

Tío Burro se asustó y se marchó. Otra vez se puso a caminar afligido el pobre Tío Conejo, y encontró a un toro, que le dijo:

—¿Por qué lloras, Tío Conejo?

—Ay, Tío Toro! ¿Cómo no voy a llorar? Yo tenía un ranchito de palma y Tío Tigre uno de barro; después de derretírsele el suyo, fué y me echó de mi propia casa. ¡Y ahora no tengo dónde vivir!

—¡Por poca cosa lloras! Vamos allá, que yo le echaré de tu casa.

¡Ay, no, Tío Toro! No podrás echarlo. Los perros quisieron echarlo y no pudieron; luego Tío Burro intentó hacerlo y no pudo; tampoco tú lo conseguirás.

¿No? ¡Ya lo verás!

Se acercaron al rancho y el toro gritó:
Sal de ese rancho ajeno, Tío Tigre!
Pero éste le contestó desde adentro:

—¡Espera un poquito, que saldré y te despedazaré en un abrir y cerrar de ojos!

Tío Toro, a pesar de su valentía, tuvo miedo y se marchó. Otra vez quedóse solo el pobre Tío Conejo y se puso a caminar desconsolado. A poco se tropezó con un gallo que llevaba consigo una escopeta.

—¡Quiquiriquí! ¿Por qué estás tan triste, Tío Conejo?

—¿Cómo no voy a estarlo, Tío Gallo? Si yo tenía una chocita de palma y Tío Tigre una de barro, después de derretirse la suya, fué y me echó de mi propia casa, para él apropiarse de ella.

—¡Vámonos, que yo lo echaré de allí!

—No, Tío Gallo, no podrás echarlo. Los perros quisieron hacerlo y no pudieron; Tío Burro, también, y no pudo; al fin Tío Toro lo intentó, pero sin resultado; tampoco tú lograrás nada.

—Ya verás como sí. ¡Vamos!
Se acercaron a la casa de palma y el gallo cantó:

—¡Quiquiriquí! ¡Soy cazador y tengo mi escopeta con la cual quiero matar a Tío Tigre! Sal enseguida de ese rancho ¡Vamos!

Al nombrarle escopeta, Tío Tigre se asustó.

—Aguarda un momento —dijo—; estoy levantándome de la cama.

El gallo cantó por segunda vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Soy cazador, y con mi escopeta quiero matar a Tío Tigre!

—¡Sal de ese rancho pronto! ¡Anda!
Tío Tigre asustándose aún más, le contestó:

—Estoy lavándome la cara, ya voy a salir.

Por tercera vez cantó el gallo:

—¡Quiquiriquí! Soy cazador, y con mi escopeta quiero matar a Tío Tigre! ¡Sal de ese rancho ya! ¡Si no, voy a entrar!

Tío Tigre tuvo un miedo tan grande que salió de la casa disparado. Tío Gallo le soltó un tiro y, con el cuerpo lleno de agujeros y dando alaridos, la fiera se perdió en la selva. Tío Gallo, con su escopeta, se quedó a vivir con Tío Conejo en su ranchito y ambos pasaron la vida en paz y concordia, sin que, nunca más, Tío Tigre se atreviera a molestarlos.

CORRIO DE LOS ANIMALES

(Recogido por Eva R. Bencomo, maestra de la Escuela Federal Unitaria Nº. 361, San José de Unare).

Cuando el hombre vino al mundo
fué en tan mala situación,
que era entonces el león
el rey de los animales.
El perro era comisario
de pueblos y vecindarios;
el burro también tenía
su sitio donde mandar,
precisamente, el lugar
donde el hombre apareció;
y, apenas lo divisó,
le puso el parte al león,
pidiéndole su opinión
sobre lo que habría de hacer:
Si sería bueno correr
a aquel animal salvaje,
que con nadie tenia trato
ni se le entendía el lenguaje.
Después de pensar un rato,
al burro dijo el león:
Es bueno que a ese tal hombre
hagas conocer la ley.
Dile que yo soy el rey
que a mí me obedecen todos;
así encontrarás los modos
de tenerlo sometido.
El perro, que había escuchado
noticias de su llegada,
no tenía ropa planchada
para visitar al hombre,
y lo mandó saludar
por medio de una tarjeta,
de la que por olvido
quizá, no obtuvo respuesta.
El gato, que fué el cartero,
llegó diciendo: ¡Me muero
del susto que he recibio!
Ese señor que yo vide
es un animal muy feo;
yo no voy más a su casa
ni que me mande el león.
En esto llegó el ratón,
revestido de milicia.

Y, a la voz de la noticia,
se apareció Mapurite,
muy pesaroso y muy triste,
diciendo que había perdido
uno de sus dos botines.
También vino el puercoespín,
en alpargatas, con cuello,
y con camisa y corbata.
Pidiendo plata prestada,
llegó ña rabipelada.
Usando una camarita,
vino el zorro camacito;
solicitando pañuelo,
que en su casa no tenía.
Tío Conejo se veía
montado en su bicicleta,
con una nueva chaqueta
que le llegaba al tubillo,
y fumaba un cigarrillo,
y se comía una arepita.
Luego apareció la ardita,
muy presumida y coqueta,
con una hermosa peineta
que el cachicamo le diera.
Y también llegó el chigüire
vestido de casimir.
Comenzaron a decir
que el sapo tenía verruga.
Luego vino la tortuga
midiéndose una sortija.
Perdió el chivo su cobija,
pero trajo su paraguas.
Llegó el ratón casiragua,
con traje de militar;
queriendo ser General
sin haber tirado un tiro.
El sapo soltó un suspiro
que a leguas se escucharía;
dijo que en la barbería
no encontró quien lo afeitara,
por eso trajo la cara
sin pasarse la navaja,
pero estrenando una faja
de piel de Rusia amarilla,
y un sombrero de pajilla
a la moda americana.
Apareció aquí la rana,
bella sin comparación,
con un frasco de loción
para echarse en la mejilla;
venía usando cotilla
y con medias matizadas.
Sólo faltaba Tío Mono
en tan grande reunión.
Por fin lo vieron venir
montado en una pollina;
no traía patalón,
pero no se le notaba,
porque todo lo tapaba
con un sombrero muy fino
que le regaló el cochino
por el pleito que perdiera
cuando el váquiro juró,
por los juncos de su estera,
que el cochino comía yuca
robada en conuco ajeno.
Todos quisieron bailar,
y el león dió el consentimiento.
Fueron a buscar al tigre,
que vino con su bandola.
La lapa trajo pianola
y el acure un cornetín.
Cogió el mono un bandolín
que estaba sobre la mesa.
La señorita pereza
al violín puso la mano.
Morrocoy agarró el piano,
y el chivo una corneta.
Y así, entre los animales,
se celebró la gran fiesta.

EL PASTOR Y EL LIBRO

Por Haydée Sanoja Mayol

(11 años), alumna de la escuela "Díaz Rodríguez", San Fernando de Apure.

Llama la atención en este cuento, el curioso simbolismo contenido en él, y la discreta manera de convertirlo en el elemento más importante, sin que, como es corriente en producciones literarias infantiles, la autora se haya preocupado por destacar notoriamente su valor representativo dentro del relato.

Había una vez un pastor que tenía muchas ovejitas. Un día salió a pastorearlas, y pasó varias horas fuera de su casita; cuando regresó, encontró un libro; este libro tenía el poder de que, la persona que lo encontrase, obtendría de él todo lo que pudiera necesitar.

El pastorcito tenía vivos deseos de fabricar una casa mejor que la que poseía. Eran las ocho de la noche y, como ustedes saben que la gente del campo se acuesta temprano, al pastorcillo le dió sueño y se echó a dormir, pendiente de la casita que deseaba construirse; y soñó la cosa linda de que ya se encontraba en la deseada casita.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano a pastorear sus ovejas, y ¡Cuál no sería su sorpresa! al verse realmente en la casita nueva, rodeada de jardines, en medio de los cuales se encontraba una hermosa fuente.

Largos años vivió feliz y como todo pasa en la vida, al fin empezó el pastorcito a enfermarse, hasta que murió, rodeado de las maravillas que le había proporcionado el libro.

MI CASA ESTA AHORA LLENA

Por José Manuel Maduro

"Me caíste en las manos como un panecillo caliente". (Héctor Guillermo Villalobos, en "Afluencia").

Mi casa está ahora llena. Porque la llena un nuevo huésped. Un pequeñísimo huésped. Es un niño recién nacido.

Mi casa está ahora llena porque la llena mi hijo.

Cuando su madre y yo estábamos solos, la casa nos parecía inmensamente grande, tan grande, que pudiera haberse imaginado que no terminarían de llenarla nunca toda la gente de toda la tierra, si hubiera venido a hospedarse en ella.

Ahora, la casa no tiene ya cabida para más nadie. ¡Porque mi hijo la ha tomado toda para sí, y la llena por completo!

(Pasa a la Pág. 19)

LA VIDA EN LA GRAN SABANA

(Viene de Pág. 8)

Hay bastante terreno disponible para quien lo quiera, pero las chozas se apelotonan miserablemente. No hay secretos de ninguna especie. Todos atraviesan por las habitaciones de los demás con tal de acortar la distancia hacia las suyas, abriéndose camino entre los cerdos, las aves de corral y las suspendidas hamacas.

Por extraña paradoja del Destino, el primer hombre que descubrió aquella inmensa riqueza no participa en ésta. Al doctor Peña no le importa el oro que hay bajo el piso de su comedor, ni las minas de brillantes dispersadas en su rancho.

Los indios de aquellas regiones son verdaderos maestros en el empleo del activo veneno que se conoce con el nombre de curare. Los animales que tocan las puntas de las flechas previamente sumergidas en esta substancia, caen muertos instantáneamente. En cuanto cae la bestia, los indios corren a la víctima, le cortan un trozo de carne alrededor de la herida antes que el veneno se extienda al resto del cuerpo, y hacen tasajo de las partes sanas.

Entre los habitantes de la Gran Sabana se distingue en particular por lo peligrosa la llamada Araña Mono, que tiene el cuerpo del tamaño de un platito para té, enormes patas y es muy venenosa. Sin embargo, los salvajes rara vez mueren de picaduras de arañas o mordeduras de serpientes, porque desde pequeños se les enseña a conocer el peligro a leguas; avivándoles los ojos, el olfato y el oído. Hay individuos: como el doctor Peña o el conde Cataneo, que "oyen" a las víboras cuando se acercan; lo que explica el por qué vayan siempre provistos de un garrote para matar los animales ponzoñosos.

* *

Otro de los peligros de la Gran Sabana está encarnado en una especie de jaguar que los aborígenes llaman tigre, animal fuerte y atrevido que se come semanalmente dos de las terneras del hato del doctor Peña. Este tiene un toro a quien confía el cuidado del ganado, y a veces el toro es el vencedor; en ocasiones sale aporreado.

En Santa Elena crecen en estado silvestre y en abundancia las piñas, el maíz, los jitomates, la col, los cocos y el arroz. Pero nadie se ocupa de cultivar el suelo, porque se considera una degradación dedicarse a trabajar la tierra cuando se puede tener dinero a manos llenas en las minas. La tierra produce muy lentamente en la agricultura.

Salvo el doctor Peña, todos los que sienten el espejismo de las riquezas en la Gran Sabana las buscan en las minas. Hasta el panadero de la aldea, que hacía buen negocio con sus "obleas" vendiéndolas a precios fabulosos, se fué a las minas durante mi estancia por allá.

Hace treinta años, cuando tenía 18 años de edad, el doctor Peña llegó a Ciudad Bolívar procedente de Valencia, Venezuela, en busca de látex, internándose en las selvas muy apartadas de la civilización, porque el deseo de aprender de la naturaleza y sus instintos aventureros lo llamaban más que el dinero. Se abrió paso entre las caldeantes y vaporizantes marismas hasta llegar a la Gran Sabana.

Durante algunos años anduvo errante en la altiplanicie, hasta que un buen día fué a parar al hermoso valle que está situado en el profundo desfiladero que forma dos montañas, y en donde encontró una tribu de indios amigos que fraternizaron con él recibiéndolo como extraño "dios". Estos indios lo ayudaron a levantar su casa desde donde se domina todo el valle. Se celebraron grandes festividades cuando el doctor contrajo matrimonio con una bella indígena.

Hasta la fecha viven muy felices habiendo procreado nueve hijos. Durante catorce años el doctor se los pasó sin ver otro hombre de epidermis blanca. De pronto llegó un grupo de misioneros protestantes procedentes de la Guayana inglesa, con quienes estuvo en muy buenos términos al principio hasta que los propagandistas de Cristo quisieron enseñar inglés a los indios, pues entonces, con su rifle en la mano, los desterró de aquellas regiones. Resuelto a mantener alejada de la Gran Sabana toda influencia exótica y la maldad, el doctor Peña hizo saber a los misioneros, que se hallaban en suelo venezolano, y que tenían que respetarlo... o irse a otras partes. Quienquiera que haya visto disparar con rifle o pistola al doctor Peña, no se atreve a contrariar sus órdenes.

Los sábados, por la mañana, el doctor Peña monta a caballo con rumbo a su rancho que se encuentra como a dos horas de camino de Santa Elena, donde permanece hasta el domingo por la noche, inspeccionando sus dos mil cabezas de ganado que son el producto de un hato inicial de cincuenta reses que llevó del Brasil hace quince años. El rancho del doctor Peña tiene yacimientos de diamantes tan ricos como los demás de las cercanías, pero el médico no quiere explotarlos. En el mismo suelo de su casa hay filones de oro, pero el galeno se niega a explotar estas riquezas también, aduciendo:

—Si me llamaran la atención el oro y los diamantes, ya habría podido llenar cajones enteros con ellos desde hace treinta años. Pre-

cisamente por no querer adorar el dios de oro abandoné la civilización. Si llego a tener dinero, no faltará quienes vengan a quitarme la vida para arrebatármelo.

La noche anterior a mi partida de Santa Elena, estuve parado al lado del docor Peña en su casa de la loma. El colonizador me recomendó, cuando le dije qué podía hacer por él para pagarle todas las finezas que me había dispensado:

—Todo lo que pido a usted es que diga que la Gran Sabana es el futuro de Venezuela. La verdadera historia de la Gran Sabana no son sus placeres de oro ni sus minas de diamantes. Me gustaría que el mundo supiese que hay sitio para cinco millones de personas, cuando menos. Se trata de un gran país que apenas comienza a desarrollarse. Además de las tierras de labor y los plantíos de frutos y de hule, se pueden explotar provechosamente los yacimientos de fierro, manganeso y las grandes caídas de agua de los alrededores. Tenemos chicle y balatá. Una vez que termine la guerra mundial "Número Dos", la Gran Sabana ofrecerá oportunidad sin cuento a los individuos con iniciativa, con valor para enfrentarse a la realidad de la vida, para los que no quieran seguir aherrojados en los grandes centros de población, donde el individuo se asfixia física y moralmente, y donde la lucha por la vida, la codicia y la ingratitud humanas vuelven al hombre traidor y venenoso.

MI CASA ESTA AHORA LLENA

(Viene de la Pág. 16)

Me confunde pensar cuán pequeña es ahora mi casa, cuanto más pequeña sería aún si fuera diez veces más grande, si fuera todavía mil veces más grande, para contener a este pequeño ser, para contener a este débil muchachito que duerme en su cesto de mimbres.

Me anonada pensar cuán pequeño es el mundo para contener a un niño recién nacido.

¿Qué misterio generoso es éste, que pone en conmoción toda la tierra al solo vagido de un pequeñito que toma posesión de la vida?

¿Qué bondad infinita es ésta, que regala el tesoro del mundo a dos seres imperfectos y torpes que tiemblan, sobrecogidos de estupor y de dicha, ante la más leve sacudida de sus deditos sonrosados?

Se queda dormido el niño, y el vientecillo del atardecer se aleja de puntillas con un dedo sobre los labios.

Duerme el niño, y la tierra parece que gira ¡más despacio! ¡más despacito!, para no sacudir su cuna.

Llora, y un temblorcillo de angustia recorre el espinazo del mundo.

Sonríe un muchachito, encerrado en su minúscula casita de juncos, y una imperceptible vibración de júbilo hace parpadear las estrellitas del cielo.

Nos inclinamos, su madre y yo, sobre su cuna para mirarlo, y con nuestras espaldas se doblan sobre la tierra las espaldas de todas las madres y de todos los hombres para reconocer una nueva manifestación del gran misterio, para saludar un nuevo don de la vida inagotable y generosa.

Nos inclinamos, su madre y yo, sobre su cuna, y allí, bajo nuestras cabezas, ¡sonríe el universo!

J. M. M.

LA PESCA DEL MANATI

(Viene de la Pág. 9)

Parece imposible que, sólo un par de indios, en medio de un gran río de varios kilómetros de ancho, donde no hay fondo para afirmar los pies, puedan meter dentro de la canoa un manatí casi tan largo como la propia embarcación, y el cual pesa hasta más de doscientos kilogramos.

La singular maniobra que a menudo practican, es llevada a cabo de la siguiente manera: Ambos pescadores se arrojan, y mientras nadan con los pies y una mano en el agua, con la que les queda libre hacen fuerza, ladeando la canoa para que el agua penetre dentro de ella. Ya hundida la barca, entonces les es muy fácil llevarla hasta ponerla debajo del flotante cuerpo del manatí. Con vasijas de *totuma,* que para el caso llevan en la cabeza a manera de gorros, empiezan ahora a sacar el agua de la canoa, la cual va ascendiendo a medida que es desaguada, hasta quedar a flote y con la presa cobrada en su interior. Ya embarcado el manatí, el indio sube sobre su cabeza y allí toma asiento, mientras su mujer lo hace sobre la cola del animal, empezando seguidamente a bogar hacia la orilla, donde aguardan los parientes de los pescadores, y aun los que no lo son; pues la pieza es siempre repartida con gran generosidad.

La carne del manatí es muy gorda y bastante sabrosa. Cuando la están asando despide un grato olor a lechón horneado, su sabor es muy semejante a la carne de ternera. De la piel de este cetáceo, muy sólida y de gran espesor, hacen los indios cuerdas y también rodelas, para escudarse de las flechas enemigas durante las guerras.

FLORA VENEZOLANA

E L B A L S O

(OCHROMA LAGOPUS)

Arbol perteneciente a las *Bombacáceas*, conocido también por *lano*, crece en las playas de los ríos de tierra caliente y aparece espontáneamente a manera del yagrumo, en desmontes vueltos rastrojeras. Es de tronco recto y ramificación radiada; las hojas son grandes, palmatilobuladas; las flores blancas, con corola en forma de embudo, tienen hasta 15 cm. de largo, y las cápsulas, también largas y delgadas, encierran una lana que rodea las semillas y es una de las conocidas comercialmente bajo el nombre de *kapok*.

El balso crece con rapidez. En San Salvador se le cultiva para cortarle verde y servir de alimento al ganado.

La madera, cuyo peso específico es de 0,11, secada al aire, es la más liviana conocida. Desde la antigüedad se ha usado en la improvisación de balsas para cruzar ríos.

En las épocas actuales tiene grandes aplicaciones en la marina de guerra. La lana, que es imputrescible y calorífuga, puede soportar en el agua, sin hundirse, más de cincuenta veces su propio peso. Se usa para colchones, salvavidas, en la fabricación de sombreros de fieltro. Es de gran importancia industrial este árbol que, con gran facilidad podría cultivarse en el país.

FAUNA VENEZOLANA

EL TAUTACO

(THERISTICUS CAUDATUS)

El Tautaco es un ave común en los llanos, en las sabanas y esteros que bordean el río Orinoco, Apure y otros, en cuyas regiones se les encuentra en grupos de cuatro y ocho individuos. En sus vuelos matutinos, mientras surcan el cielo en pausados aleteos, dejan oír su canto peculiar. Al atardecer se recogen para dormir sobre los grupos de árboles que forman las llamadas "matas" llaneras.

Su cabeza y pescuezo, son de color blanco con amarillo; el lomo, las alas y una faja que llevan en el pecho son de un tinte marrón-gris. El pico es largo y curvo. El vientre es negro-marrón, y las primarias son de color gris-blanco. La corona de la cabeza y el buche ostentan un rojo-marrón vivo. Mide el Tautaco unos 75 centímetros de longitud, y es, entre nosotros, un pariente cercano del famoso (*Ibis ethiopica*) Ibis religioso del Egipto.